

RECENSIONES

que se condensara en unidad no según la carne, sino en el Espíritu, y constituyera un nuevo Pueblo de Dios, y así «el que en un tiempo no era pueblo, y ahora pueblo de Dios» (1 P 2, 10).

No obstante, en el capítulo titulado «Fidelidad hebrea», al comentar Rm 9-11, recuerda cómo Pablo considera que Dios no ha repudiado a su Pueblo (pp. 351-353). Es cierto que algunas ramas se han desgajado, mientras que otras procedentes del olivo silvestre, es decir, de los gentiles, han sido injertadas. Ello rechaza la teoría de que la Iglesia ha sustituido al Pueblo elegido, pues la realidad es que se han cumplido las profecías universalistas y que junto a los hijos de Abrahán por la sangre está los hijos de Abrahán por la fe.

Barbaglio afirma, por último, que, junto a las diferencias entre Jesús y Pablo, hay una convergencia indiscutible en la concepción de Dios como rey y padre. Del mismo modo, en ambos se resalta la idea de que Dios acoge a todos, sin excluir a nadie. «Ambos han sido igualmente los anunciadores de alegría del *dies salutis*, no los profetas catastrofistas del *dies irae*» (p. 358). Esta frase adolece de esa falta de claridad en exponer ciertos puntos, y no está afirmada sin reticencia la gran diferencia entre Jesús y Pablo, que no han sido «igualmente anunciadores de la alegría del *dies salutis*». En efecto, Pablo anuncia la salvación, mientras que Jesús la realiza con su muerte y su resurrección.

Antonio GARCÍA-MORENO

Emmanuel DURAND, *Le Père Alpha et Oméga de la vie trinitaire*, Paris: Éditions du Cerf, 2008, 300 pp., 13,5 x 21,5, ISBN 978-2-204-08622-6.

El objetivo de esta obra consiste en proponer una teología de la persona del Padre que, tomando su punto de partida en la revelación del Padre como Alfa y Omega en la economía salvífica, abra el acceso a un tratamiento especulativo renovado de la persona del Padre que respete a un tiempo su identidad relacional y su primacía en la vida intratrinitaria. Se trata, por tanto, de un esquema de argumentación que, siguiendo el orden de la teología patrística, parte de la *economía* para llegar a la *theología*.

Hay que subrayar que el objetivo de esta obra trasciende los límites de un estudio histórico de la cuestión. En esta obra, Durand presenta el esbozo de

RECENSIONES

una teología renovada de la persona del Padre que parte de los textos del Nuevo Testamento y se desarrolla en estrecho diálogo con lo mejor de la tradición teológica, especialmente con San Buenaventura y Santo Tomás de Aquino. Por otro lado, a nadie se le escapa que cualquier propuesta de renovación de la teología de la persona del Padre tiene consecuencias inmediatas para toda la teología trinitaria. Y la propuesta de Durand no es una excepción.

La propuesta consiste en elaborar una teología del Padre enriquecida desde el punto de vista escatológico, buscando poner de relieve los elementos esenciales de la teología del Padre iluminados desde esta perspectiva. Así, Durand sostiene que una teología integral de la persona del Padre ha de sostener e integrar, a la vez, dos puntos esenciales: su identidad relacional y su primacía.

Respecto al primer punto, Durand, apartándose de San Buenaventura y adhiriéndose a Santo Tomás, defiende la identidad relacional de la persona del Padre, es decir, que la persona del Padre se constituye en virtud de sus dos relaciones hacia el Hijo y hacia el Espíritu Santo. Respecto al segundo punto, inseparable del primero, recoge aspectos del pensamiento de San Buenaventura, y afirma la primacía fontal de la primera hipóstasis, es decir, su condición de principio y fin, fuente sin origen y punto de retorno de toda la vida intratrinitaria y de la economía de la salvación. Para Durand, la primacía señala la identidad de la primera hipóstasis, pero esta identidad es relacional, es decir, se expresa totalmente en relación al Hijo y al Espíritu Santo, sin ningún tipo de reserva.

En la primera parte del libro, trata del Padre como principio y fin, tanto de la economía salvífica como de la vida intratrinitaria, tal como se expresa en el Nuevo Testamento, especialmente en la teología de San Juan, y, en menor medida, en algunos exponentes de la tradición. La primera parte presenta un carácter propedéutico en relación con la cuestión que ocupa la segunda parte del libro.

En la segunda parte, el autor presenta su propuesta de una teología de la persona del Padre en cuanto principio y fin de la vida intratrinitaria y de la economía salvífica. Aborda las mismas cuestiones que en la primera parte con el método de la teología sistemática. En primer lugar, el autor presenta el marco histórico de la teología del Padre en los siglos XII y XIII y analiza detenidamente la teología de la primera hipóstasis de San Buenaventura y Santo Tomás de Aquino. A continuación, presenta su propia propuesta en estrecho diálogo con estos dos grandes maestros.

Durand pone justamente de relieve el dinamismo intratrinitario de origen y retorno que constituye la vida intratrinitaria. Insiste en que la plenitud

RECENSIONES

fontal que corresponde al Padre se expresa en ser principio y fin de la vida inmanente de la Trinidad, sin que ello implique sucesión, temporalidad, ni potencialidad. Es decir, el Padre es principio del Hijo y del Espíritu Santo sin devenir. Pero, a la vez, el Padre es fin sin potencialidad del Hijo y del Espíritu Santo. La vida intratrinitaria no describe sólo un movimiento de origen a partir del Padre, hacia la constitución del Hijo y del Espíritu Santo, sino que, de forma simultánea, consiste en un movimiento de retorno al Padre. La generación del Hijo no tiene lugar sin la afirmación y consentimiento del Hijo de su propia procedencia, y sin que en el mismo acto retorne al Padre. La espiración del Espíritu Santo por el Padre, que es Padre del Hijo, no tiene lugar sino de manera tal que implica de forma concomitante el retorno del Hijo al Padre en el Espíritu Santo.

Por otro lado, Durand subraya también la identidad relacional de la persona del Padre. En la vida trinitaria no existe ningún tipo de «reserva» del Padre respecto a su relación con el Hijo y el Espíritu Santo, es decir, no hay en el Padre un *plus* de personalidad que de alguna forma lo hiciera pensable de forma independiente respecto a los actos inmanentes de generación y procepción. Según Durand, la plenitud fontal y la primacía del Padre se expresan y se revelan enteramente en la generación y en la espiración. Sostiene que la relación al Hijo y al Espíritu Santo es constitutiva de la persona del Padre (cfr. pp. 243-244; 248; 270-272).

El interés por pensar en el Padre una relación al Espíritu Santo que sea constitutiva de su identidad personal junto con su relación al Hijo se revela como enteramente justo y legítimo. Esto significa que generación y paternidad por sí solas no bastan para caracterizar teológicamente al Padre. Ciertamente, la relación al Espíritu Santo no puede pensarse como un accidente añadido a la relación del Padre con el Hijo. La doble fecundidad es propia de la persona del Padre, de Aquel que engendra al Hijo y en cuanto Padre del Hijo espira al Espíritu Santo.

El punto más delicado de este intento teológico radica en el concepto de persona divina como relación subsistente. En efecto, el nombre de Padre es el nombre más propio de la primera hipóstasis. Y es la paternidad la relación que constituye e identifica a la primera persona. De acuerdo con Durand, es necesario seguir afirmando, por un lado, la identidad relacional de la persona del Padre y, por otro, la plenitud fontal del Padre que, en cuanto Padre del Hijo, es principio del Espíritu Santo, y que, por tanto, la relación con la tercera hipóstasis es constitutiva de su persona. Durand ha aportado en esta obra los ele-

RECENSIONES

mentos clave de una teología integral de la persona del Padre y las vías por las que ha de avanzar en el futuro.

Ser origen del Espíritu Santo está ya en la plenitud fontal del Padre que engendra al Hijo. La fontalidad respecto al Espíritu Santo está en el Padre que es principio del Hijo. Pero el Padre ha de ser principio del Espíritu Santo en cuanto Padre. La gran cuestión radica en cómo hacer compatible que no es posible concebir la persona del Padre en su relación al Hijo sin la relación al Espíritu Santo de forma que se mantengan la irreductibilidad de los actos de generación y espiración y la identidad relacional del Padre constituido en cuanto tal por su relación subsistente. Durand ha situado con precisión y claridad las balizas de la reflexión de los teólogos. Su respuesta se centra en sostener que la procesión del Espíritu Santo nos manifiesta una forma de concebir la plenitud original del Padre que no se agota en la generación del Hijo. Por tanto, la tarea que se abre por delante consiste en profundizar en la identidad relacional del Padre.

Juan Ignacio RUIZ ALDAZ

Juan Luis LORDA, *Antropología teológica*, Pamplona: EUNSA «Colección de Manuales de la Facultad de Teología de la Universidad de Navarra», 2009, 568 pp., 15,5 x 23, ISBN 978-84-3132-642-5.

Con el nuevo libro del profesor Juan Luis Lorda, la Facultad de Teología de la Universidad de Navarra ofrece a la comunidad científica y docente, así como a un número siempre creciente de estudiantes en España y en todo el mundo –o, más ampliamente, de lectores interesados por las ciencias sagradas–, el décimo séptimo de los volúmenes publicados en su Colección de Manuales de Teología. Han visto ya la luz casi la mitad de los treinta y siete programados en la Colección, y otros están ya a las puertas. Aunque aquí sólo nos dispongamos a redactar la reseña crítica del nuevo libro, no está de más mostrar la satisfacción que produce el desarrollo de ese proyecto intelectual y editorial, cuyos frutos son ya visibles en las bibliotecas de tantos Seminarios y centros de formación.

Los libros del prof. Lorda, como lo muestran sus frecuentes reediciones, son seguidos desde hace años por una significativa franja de lectores cristianos